

...y una canción desesperada

Miguel Kottow¹

El conflicto ético más visible e irritante puesto en escena por la pandemia COVID-19 ha sido el malestar y las protestas por las medidas restrictivas impuestas a la vida cotidiana de los ciudadanos, que se ven afectados en lo económico, en sus diversos quehaceres, en lo relacional y social, y en su estabilidad emocional. Urge reflexionar sobre las crecientes desavenencias entre autonomía individual y protección del Estado, que se han exacerbado al tenor de la crisis sanitaria global y auguran, en forma preocupante, perpetuar algunos aspectos de este desencuentro lesivo para la paz social.

La pandemia estimuló la declaración de estados de emergencia, para asegurar las tácticas centrales de contención y prevención que, por definición, emergen con características irritantes: las decisiones son tomadas en incertidumbre por un Estado que, crónicamente debilitado, carece de recursos para reforzar el sistema sanitario que ya arrastra deficiencias estructurales carentes de reservas para emergencias; decreta cierres y paralizaciones generales sin tener la competencia financiera para paliar los efectos desastrosos que afectan a la población ya vulnerada por pobreza, falta de empoderamiento y extenuación ante las amenazas de carencias vitales; limita la autonomía de movimiento y reduce las alternativas decisionales que se complican por las incertidumbres reinantes. No obstante estas falencias y dificultades, los Estados ha centralizado el poder de dictaminar estrategias limitantes –cuarentenas, toques de queda, suspensión de actividades, cierre de establecimientos educacionales–, desatendiendo sugerencias de autoridades locales –gobernadores, intendentes, alcaldes– en abierta oposición a las descentralizaciones federales, provinciales o regionales vigentes.

Los esfuerzos por acercar el poder político a la gente a través de estas regionalizaciones entran en pugna con ciertas funciones que deben permanecer en manos del poder central: políticas migratorias, relaciones internacionales, enfrentamiento con amenazas supranacionales –terrorismo, pandemia–. El centralismo político se aleja de la consulta ciudadana, pero mantiene la obligación de protegerla.

El Estado protector es planteado por Hobbes en 1651, tres años tras de la creación del Estado-nación por el Tratado de Westfalia (1648), al sugerir que las agresividades entre personas que buscan conquistar poder y acumular bienes materiales incitará a una sociedad belicosa donde la vida humana será “solitaria, breve, maleficente, brutal y pobre”. El Leviatán hobbesiano que, nos dice Éric Sadin, se está transformando en un Leviatán algorítmico–, propone entregar la posesión y utilización de armas a un Estado monopolístico y autoritario a tiempo que asume el compromiso de proteger la libertad individual y resguardar el patrimonio privado mediante el ejercicio autoritario del poder. Quedó sembrada la semilla de *law and order*, el Estado minimalista y un neoliberalismo que, bajo la hipocresía de fomentar “igualdad de oportunidades” robustece a los privilegiados y se desentiende de todo compromiso social y ético con la gran mayoría de la humanidad que carece del empoderamiento para ejercer autonomía y lograr algún patrimonio que resguardar.

Golpeado en su meollo por un virus conquistador, el Estado moderno es llamado a recrear las condiciones de una sociedad productiva y consumista, perfeccionando estrategias y apoyos tecno-científicos, en un proceso en el cual, según Giorgio Agamben, “la declaración del estado de excepción está siendo progresivamente sustituida por una generalización sin precedentes del paradigma de la seguridad como técnica de gobierno”. Y claro, seguridad no es lo mismo que protección, el arsenal de armamentos no equivale a hospitales y escuelas. El miedo perfora la salud mental, como quiera que se entienda, al señalar que determinadas tendencias a controlar, vigilar y dictaminar conductas, quedarán engarzadas en la vida cívica post-pandemia.

¹ Editor Cuadernos Médico Sociales

El pecado de los tiempos modernos, y en especial de la bioética que propone regulaciones en medicina, investigación biomédica y salud pública, es insistir en sacralizar la autonomía en su versión prístina de Kant: la facultad humana de ejercer la voluntad para racionalmente darse sus propias normas de comportamiento ético. Esta autonomía solo existe en el deslumbrante mundo platónico de las ideas, imposible de ser pensada en la opaca realidad donde los seres humanos tienen que convivir en forma relacional y sometidos a contextos sociales, limitaciones económicas y desniveles brutales de poder, todos factores que erosionan las posibilidades de ejercer la más mínima autonomía personal. Se da la paradoja que limitar la autonomía golpea con máxima fuerza a quienes apenas tienen capacidad de ejercerla, porque su vida se limita a un hacer y no a un decidir, a literalmente “ganarse la vida” día a día, que, si no se la ganan, se marchitan y fenecen.

El proceso de mayor autonomía y libertad ha producido, enseña Bauman, una ciudadanía sumida en incertidumbre, inseguridad y desprotección, en suma, una falta de seguridad y protección, un aumento de los miedos. El péndulo que oscila entre libertad y seguridad, durante muchos decenios inclinado hacia la libertad, acusa signos de desquicio en que seguridad y protección serán responsabilidad individual, en tanto libertad y autonomía navegarán bajo la línea de flotación en un océano tempestuoso solo surcado por los privilegiados provistos de sextante, brújula y radar. *The time is out of joint*, lamentaba Hamlet: El tiempo está desquiciado en la distopía contemporánea reflejada en la novela de Philip K. Dick *Time out of joint* (1959).

A nada llevan las disquisiciones sobre más o menos autonomía en un mundo donde los privilegiados hacen lo que quieren, los desposeídos hacen lo que pueden para sobrevivir. Los menos afectados protestan por ver coartadas sus actividades consumistas, lo más se rebelan porque ver interrumpidos sus trabajos informales, precarios y tan anónimos que carecen de subsidio alguno, condenándolos junto a sus dependientes, a vivir con hambre.

Para el ámbito sanitario en el cual los Cuadernos Médico-sociales se mueven, la pandemia ha completado la erosión entre espacio público y esfera privada, entre el cultivo del bien común que requiere cierta disciplina cívica, y la egocéntrica sacralidad del individuo autónomo clausurado a la mirada pública, que ahora se debate en la orfandad de un Estado que lo cuide y proteja. Plantear la obligación individual de prevenir la enfermedad manteniendo un estilo de vida saludable, se da como un desatino en naciones con enormes desigualdades y en tiempos en que los extremos se distancian: más pobres y menos manos que acumulan riqueza. Cambiar conductas voluntarias por imposiciones limitantes agudiza la desigualdad, permitiendo lucrar a unos en tanto la mayoría cae en insolvencia, deudas y desesperanza.

Ya se está tejiendo el tapiz de una nueva constitución, empleando hebras de todos colores menos el negro del sentido común; la autonomía sin opciones de su ejercicio está en pugna con la seguridad y protección como derecho social fundamental que el Estado debe brindar en tiempos tanto normales como excepcionales, y que consiste, ante todo, en cubrir las necesidades corporales básicas –alimento, atención médica, amparo habitacional–, no como Estado asistencial encadenado a la responsabilidad individual, sino como un Estado mal llamado de bienestar, porque bienestar es una meta, no una garantía de inicio. Más propio será hablar de un **estado de responsabilidad social** anclado en disponer el empoderamiento de todos los ciudadanos y que, ante la expansión del boquete de desigualdades insoportables, tenga por norte ante todo y por sobre todo, la redistribución material y la participación política efectiva. Crecimiento sin repartición ecuánime, la celebración del mercado donde se transan bienes, pero también servicios esenciales en vez de velar por una repartición menos injusta, nos augura y amenaza con nuevas conquistas neoliberales premunidas y auspiciadas por un desorden político nefasto.